

saludar con todo respeto á la Sultana, fuéronse á sus habitaciones respectivas, pero la Sultana se quedó allí absorbida en proyectos de maquinaciones nuevas contra su esposo Hacem y á favor de su primogénito Boabdil.

CAPÍTULO XXIII.

—¿Qué?—Preguntaba con grande impaciencia el Sultán Hacem al renegado Venegas, recién introducido en su presencia.

—¡Oh!—dijo Venegas,—limpiándose de su frente ancha y espaciosísima el sudor que la bañaba.

—Deja fatigas á un lado é instrúyeme súbito en cuanto aquí pasa.

—No es tan fácil, Hacem, arrancarle al serrallo su presa.

—Ya lo creo.

—Si tú ó yo demandamos el cuerpo de Zoraya, ten por cierto que promovemos grandes sospechas en Aixá.

—Que Dios confunda—exclamó Hacem,—de antiguo herido por el proceder y por la complexión de su esposa.

—He pensado...—Y Venegas detuvo un poco su aliento al decir esta palabra.

—¿Qué has pensado?—le preguntó con grandísima impaciencia el Sultán.

—Pues, he pensado aguardar...

—¿Quién dice aguardar?—preguntó Hacem con rabia.

—Sí; aguardar la noche más propicia, porque sino hay necesidad ninguna de tomar precauciones, y de apereibir preservativos contra terribles y probables catástrofes, basta con que vayas al serrallo, entres en sus camarines, y arrebatas á la hermosa cautiva, llevándotela con escándalo á cualquiera de tus palacios más públicos.

—No; eso no. Buena está Granada para empresas y aventuras de tamaño linaje.

—Pues como has pedido precauciones, he tomado precauciones.

—Y has de convenir conmigo en que todas serán pocas, muy pocas, si deben corresponder á los peligros que corremos y á las tempestades que columbramos.

—Ya sabes quien es Aixá.

—¡Ah!

—Ya sabes cómo puede armarnos una guerra civil espantosa.

—Tienes razón. Para empresas de tal género se pinta sola en el mundo la terrible Aixá. Más quiero encontrarme con una selva de lanzas que con su siniestro mirar.

—Lo creo sin que me lo jures.

—Pero acaba por decirme lo que has pensado.

—Pues he pensado escoger propicia noche de cercana fiesta; y en ella, cuando las diversas esclavas se den á la bebida, soltar en la copa de Zoraya, por mano de un ennuco á quien tengo advertido ya, el beleño que tu médico ha procurado seguro de tus disposiciones.

—Tengo la seguridad, Venegas, de que la bebida producirá la muerte aparente sin producir ningún otro daño.

—Ya lo sé.

—Y luego...

—Luego... Ahí está la dificultad.

—No muy grande por cierto, si ofrecemos oro á la Sultana, que lo necesita para sus conjuraciones contra mí.

—Pero en ofrecer el oro y no suscitar sospechas consiste toda la dificultad.

—¿Y qué has arbitrado?

—Una industria muy buena.

—Dila.

—Pues he arbitrado lo único en verdad que puede sacarnos de tantas dificultades. Hay necesidad completa de comprar el cuerpo y hacer que sale por una puerta de la Alhambra para conducirlo por otra puerta prontamente á tus estancias. Si la dejamos enterrar...

—¡Oh! No digas eso. Daría yo mi corona y mi vida por salvarla.

—Y tendrías razón, porque la sierva es hermosísima.

— ¡Incomparable!

— Pues he fingido que su poderosa familia castellana pide su cuerpo virginal para enterrarlo junto al cuerpo de sus padres.

— ¡Buena traza en verdad!

— Y como no conviene dar mucho dinero á quien lo emplea contra ti, ya se regateará el rescate, pues no debe darse por un cadáver yerto, lo que podría ofrecerse por una joven llena de vida.

— ¿Y qué tiempo emplearás en todas estas trazas y en todas estas industrias?— preguntó Hacem.

— Una semana por lo menos.

— ¡Oh! Me parecerá un año esta semana de impaciencia terrible.

— ¡Qué quieres! Para cosas menores há menester el hombre mayor esfuerzo y más tiempo.

— ¿Y cómo te arreglarás de suerte que puedas fácilmente saber la hora en que propinan á Zoraya el bebedizo, porque sus efectos no pueden durar mucho tiempo, si ha de despertarse tras algunas horas de fingida muerte sin detrimento ni mengua en su preciada salud?

— Ya sabes que se acerca una de las fiestas religiosas con que Aixá, muy ufána de sus recuerdos familiares, suele celebrar aniversarios importantísimos de sus diversos allegados y parientes.

— Sí; es verdad. No me acordaba.

— En ese aniversario resucita una costumbre de los antiguos reyes persas transmitida por el tiempo

á nuestros días y conservada en algunos serrallos orientales.

— Justamente; la costumbre de servir los reyes á sus vasallos juzgada por mí siempre como una humillación inútil, y por ende, nunca seguida en mi corte.

— No la juzga tan severamente Aixá; y la practica, mas bien por hábito que por gusto, mas la practica fielmente.

— Sí, añadiendo todavía la corruptela muy vejada y maldecida por nuestros imanes de servir y escanciar vino á las siervas de cristiana prosapia ú origen extranjero.

— No habéis vosotros los árabes granadinos, á pesar de vuestros pujos de ortodoxia, sido muy escrupulosos en achaques de bebida, pues, aunque os prohíba el Koran beber vino, cuantas veces he visto en los versos de vuestros poetas comparar tus miradas con las del gallo encendido por avinados bizcochos y las miradas ardientes de tus odaliscas y sultanas con el oscuro licor que negrea en una copa de plata.

— Esta es costumbre antigua de todos los moros andaluces, conservada por los moros granadinos. Acuérdate de aquellos versos escritos por Daulá en los cuales alábase la color de purpurina mora que lucen las mejillas de una muchacha, comparable solo al rojo vino, que con sus morenas manos escancia para repartirlo entre los más fieles musulmanes. Acuérdate que los reyes hermanos nues-

tros de Sevilla, cuyos nombres lucen como luminarias de gloria eterna en los anales musulmicos, prescribieron, juntamente con una hora de rezo, una hora de bebida también. Acuérdate que allá, en la Ruzafa de Córdoba, lo mismo que en los huertos de la Sultaniá en Sevilla, por todas las riberas del patrio Guadalquivir, bajo los palmerales asiáticos, en el embeleso producido por las bocanadas de azahar que se absorben hasta por el alma, cuando la noche serena brilla con los resplandores de la luna suspensa entre la constelación del Águila y la constelación del Orión, los cantares despedidos por nuestras gargantas y acompañados por nuestras guzlas, todos á una, celebran el vino y el amor.

—Mas por eso dicen los santos de vuestra religión, los ulemas de vuestras mezquitas, los marabuts de vuestros desiertos, los sabios de vuestras madrisas que habéis perdido el dominio de Andalucía y habéis probado todos los horrores de la derrota en triste é irremediable adversidad.

—¡Ah! Crees tú que nuestros padres eran mejores, y yo creo, perdóneme Alah, que sólo eran más afortunados.

—¡Qué sé yo!

—Ninguno entre todos ellos nació con el furor guerrero que yo siento en mi alma; ninguno había emprendido en menos tiempo más campañas. Pero ¡qué quieres! después de haber pasado mi juventud cabalgando, con la cimitarra desnuda en la diestra, con los cristianos á mis plantas, con los

clarines del combate y del exterminio delante de mis huestes y á mis espaldas el incendio y la desolación, convéncime de que la victoria no se guardaba para nosotros, y de que Dios, dándonos muchos triunfos parciales, no quería darnos un triunfo total, y bajé mi cabeza coronada de sangrientos laureles á la fatalidad y me conformé, de mal grado, pero me conformé al fin, Venegas, por no haber otros humanos remedios, con los decretos del implacable destino.

—¡Ah! El desierto, la penitencia quizás movieran á Dios y te granjearan otra suerte.

—¡Cómo se conoce, Venegas, tu origen católico y tu reciente iniciación religiosa en este culto y en este rito nuestro! ¡Cómo se conoce que no ves, por impedírtelo tu carácter de neófito, la decadencia, por lo menos la decadencia en España del culto que has abrazado! Mira; nuestros padres, los victoriosos, los felices, los conquistadores ¡ah! eran más fuertes, más valerosos, más sabios, más prudentes que nosotros, tan solo porque ¡ay! eran más bienhadados. Ellos cantaban el desierto, la soledad beatífica de sus cuerpos y de sus almas entre los inmensos arenales y los estrellados horizontes, la vida nómada sobre los lomos de los camellos, entre las manadas de las gacelas, con la tienda por todo abrigo, con el dátíl por todo alimento, con el agua de los oasis por toda bebida, con la túnica de blanca lana por toda vestimenta, con la caza y la guerra por toda ocupación; ellos

alababan esto, y sin embargo, erigían palacios recamados con todos los matices del iris, en cuyos aires, enardecidos por los ecos de los cantares, por los acentos de las guzlas, por los versos de las poesías, por el aroma de los pebeteros, por el choque de los besos, por el susurro de los suspiros ¡ay! se alababa así el vino como el amor y se apercibía el ánimo exaltado en el placer al sentimiento del odio y al ejercicio del combate.

—Volviendo, pues, Hacem, á nuestra conversación—dijo Venegas, al ver cómo el rostro de su amo se oscurecía con la comparación indeliberada entre las glorias pretéritas y las miserias presentes—volviendo á nuestra conversación, decíate...

—No íbamos tan descaminados, Venegas, de nuestra conversación como tú crees. Necesitaba en este diálogo contigo, justificar en voz alta y á los ojos de mi propia conciencia, desvaríos de mi voluntad, descaminos de la ruta emprendida en mis primeros años, para justificarte por qué aquel guerrero, de ti conocido y admirado, que respondía con arrogancias dignas de los Abderramanes á embajadores como Vera, y tomaba ciudades como Zahara, y emprendía excursiones como la que asoló el poderoso castillo de la Higuera y venció á la noble familia de los Solís, este Sultán, cargado á la continua de despojos, hase convertido en una especie de sensual mozo, atento sólo á extinguir sus pensamientos, sus aspiraciones, su ambición, la dolorosa remembranza de todos sus proyectos frustra-

dos, en los venenosos olvidos que procuran al mísero mortal, desesperado en este nuestro mundo, el vino y el amor. Pues qué ¿había yo de requerir una sierva en vez de una ciudad; sitiar un serrallo en vez de sitiar una fortaleza; rendir eunucos en vez de rendir ejércitos; triunfar sobre un corazón de mujer y no sobre un campo de batalla; si los horóscopos me persuadieran á creer que aún podía luchar con el destino y vencerlo, si fuera el destino vencible? No, no; yo soy así, porque mi desgracia irremediable así me hizo. Pero cree, Venegas, que nací para otras empresas mayores, y si busco la voluptuosidad y el amor, es por no haber podido encontrar el completo logro de todas mis ambiciones y por no haber podido cosechar los laureles con que había soñado en mis primeras mocedades.

—Pues, ya que así lo dispones, pondremos todas las trazas conducentes á satisfacer tu deseo y compensar con el amor las tristes contrariedades de la guerra.

—¡Qué quieres! Así lo han prevenido los hados.

—Pero si no te molestaras diríate una cosa en son de súplica, pues no quiero que suene de modo alguno en son de advertencia.

—Dí cuanto quieras, pues podrás no decir mucho allende lo que yo he dicho.

—Perdóname, Hacem.

—Estás por anticipación perdonado.

—Los que nacidos en otras tierras y en otras creencias las hemos dejado para seguir tu estrella,

fiamos en Dios que no ha de faltarte la pujanza necesaria para detener la cruz al ingreso por lo menos de la Vega y salvar y sostener el poderoso imperio que aún te queda, brillando con singular brillo desde las rosáceas Alpujarras hasta los celestes mares.

—Dios lo quiera, Venegas; Dios todopoderoso, el único ya capaz de redimirnos y de salvarnos en estas grandes angustias. Mas corre, vuela, y despacha pronto mi encargo.

—No me lames importuno, Hacem, si te recuerdo que perdonará el cristiano á todos en el día de su victoria, menos á los que hemos huido á sus banderas y renegado de su Dios.

Hacem hizo un gesto, por el cual se conoció que deseando calmar el ánimo de su interlocutor, allá para sus adentros, reconocía la justicia con que los cristianos castigarían tales y tan desmedidas infamias. Así que desapareció Venegas y que se quedó á solas consigo mismo, como si oyera mejor la voz de su conciencia no turbada por las alternativas del diálogo, cayó Hacem de suyo en grande abatimiento. Pocas veces la desesperación ha dominado con tanto imperio un ánimo, idóneo naturalmente para la guerra, y puesto por dificultades insuperables en el caso de consagrarse tan solo al amor. Hacem había pasado ya del primero al segundo período de la desesperación. Cuando movía sus brazos con celeridad desde su regia silla de combate puesta en el artístico lomo de un corcel africano para esgrimir

ya su lanza, ya su cimitarra, en la violencia de aquellos movimientos desordenados y en el frenesí de aquellas exaltadas pasiones, veíase que aún luchaba y reluchaba ciego con todas las fuerzas del destino y se prometía y esperaba vencerlas. Pero ahora, en su estancia, poseído por su mal de triste languidez, amarillado el semblante con el amarillor de la hiel, medio cerrados los párpados como para no columbrar las tristes realidades circunstantes, caída bajo el peso de pensamientos gravísimos la cabeza en el pecho como si al corazón se acercara para detenerlo en sus dolorosos latidos, incoloros los labios y demudado todo el gesto, cuya contrariedad se veía, no solo en cuanto acabamos de pintar, sino en el entrecejo fruncido, en las arrugas ahondadas como surcos sobre la frente, en la respiración débil, en los suspiros profundos, en la sonrisa siniestra, en las manos crispadas, Hacem, semejaba á la imagen misma del dolor y esparcía en torno suyo esa melancólica nota elegiaca como los cantos fúnebres que despiden de antiguo en torno suyo la melancolía y la tristeza, especialmente cuando se apoderan de un temperamento fortísimo y más apropiado para los empeños de la guerra y sus porfias que para las resignaciones del desengaño y para la paz de una imposible conformidad con la desgracia. Seguramente, Hacem, hubiera sucumbido á los contratiempos últimos de no haber encontrado alguna compensación verdadera en las esperanzas y en las impacencias del amor.

El día de sus grandes satisfacciones en que iba por completo á lograr su deseo, se acercaba con celeridad. Aixá, para quien las fiestas de familia en otros corazones menos ambiciosos y en otras mujeres menos exaltadas, verdaderas fiestas del sentimiento y del amor, trocábanse á una en festividades políticas, traía revuelto el haren de su nuera y preparaba un grandioso festival parecido á los festivales del Oriente cantados por los poetas musulmicos. Inventiva, fantaseadora, en su afán de prestar novedad á estos aniversarios, había ideado el vestir á sus esclavas diversas con arreglo al traje de sus respectivas naciones, dándoles un festín también arreglado á sus respectivas costumbres en caprichosa fiesta. Tal disposición tenía por objeto, no solamente conmemorar fechas religiosamente queridas y adoradas, sino también mostrar que toda la vida, bajo todas sus fases, del palacio, se retiraba poco á poco hacia ella, y en ella se iba poco á poco reuniendo y personificando. Así, los musulmes llegaban á saber que mientras el Sultán, á ello constreñido por las derrotas de Alhama, se recluía dentro de sus estancias y evitaba la vista de sus vasallos amenazadores y airadísimos, Boabdil, recogía en torno suyo la representación del reino, los sabios, los ulemas, los imanes, los predicadores, los poetas; y para que nada faltase de cuanto latía y se animaba en aquellos espacios, también los placeres y las fiestas. Así, todos se acostumbraban paulatinamente á dirigirse hacia el sol que relucía

por el Oriente y á dejarse al sol que tocaba en el ocaso. La juventud floridísima del nuevo príncipe; los encantos y seducciones de la sin par Moraima; el genio guerrero y político de la incomparable Aixá, concentraban toda la vida en aquel apartamiento de su Alhambra dejando por completo desiertas las antes henchidas habitaciones del rey. Este solo se ocupaba, por aquella sazón de su encrespada vida, en cazar con la paciencia de araña laboriosa que teje tela sutil una sierva, robándola, pérfido y avieso, al serrallo de su propio hijo y á la comitiva y compañía de su mujer. Las cuestiones teológicas dilucidábanse todas en los camarines de Aixá; los poetas decían sus versos en los oídos de Moraima; los guerreros trazaban los planes de campaña en presencia del joven Boabdil, esclavo de su madre; las esperanzas que preparan tanto lo porvenir, volaban por aquellos salones y por aquellos harenes como los pintados insectos que buscan mieles, aromas ó matices por las primaverales florestas; y Hacem, el Sultán legítimo, contra cuyo imperio se dirigía y encaminaba esta conspiración pública, complemento verdadero de la conspiración secreta, Hacem, hallábase ya, moralmente destronado, cuando aún conservaba la corona en las sienes, y en el pecho todo su nativo coraje.

Mientras las fiestas se iban así cuajando, entregábase Isabel de Solís, en los ratos de soledad que le procuraban algún vagar, á sus rezos piadosos y á sus místicas meditaciones. Absorta en su fe, por

lo mismo que la veía negada y ofendida en todas partes, olvidábase de sí misma y de la vida y de la tierra, por contentar tan solo al cielo. En esta especie de nerviosa sobreexcitación, menospreciaba todos los objetos del mundo y entreveía una vida tal en la eternidad que llamaba con llamamientos indeliberados á la misma muerte. El amor traído á su ser por la primavera de sus años, por la tierna juventud y por la complexión ardorosísima de todo su sér que parecía refluir al corazón, el amor se disipaba como los destellos de las lámparas sacras, como las espirales del religioso incienso, como los vocablos de la mística plegaria en el divino seno adonde fluyen las almas enardecidas por una fe ardorosa y exaltada. No le parecía imposible llegar hasta la visión material de Dios, porque no existe imposibilidad alguna para quien verdaderamente ama. Esta seguridad le daba paz profunda é interior tan dulce y regalada como si en libertad se hallase, porque su fantasía, con la fuerza que para ponerlo todo en relieve tienen las fantasías meridionales, dibujaba cuadros religiosos en aquellas paredes profanas y les dirigía continuas oraciones. Su devoción, mostrada tantas veces en los castillos de su padre y en el seno de la patria Iglesia, se había exaltado con la privación é ídose hasta los extremos del misticismo. Ella, tan móvil, impresionable y nerviosa, replegaba las grandes alas del alma dentro de sí misma, recluía todo afecto mundano en lo más hondo y más secreto del corazón,

señoreaba todo lo que de terreno pudiera tener su complexión, y absorta, extática, fuera de sí, veía con material visión á su Dios y esperaba que por un milagro de su bondad infinita, la redimiese y sacase de aquel horrible cautiverio musulmítico donde no temía tanto las tristezas de su vida de esclava como las asechanzas á la integridad de su fe y á la pureza de su alma.

Cuanto más Isabel á estos sentimientos y afectos se aferraba, más creía en la facilidad de un milagro en que pudiera el cielo intervenir, mostrando así cómo provee á las necesidades y á los ruegos de las más humildes criaturas. Con esa erudición religiosa que allá en sus primeras mocedades aprendiera, evocaba Isabel todos los ejemplos de ángeles libertadores que había en sus lecturas piadosas aprendido. El ángel que colgó de lo infinito la escala de Jacob, el ángel que anunció á Esther la próxima ventura de la raza escogida, el ángel que guió á la sacra familia en su viaje al Egipto, el ángel que habló con las santas mujeres de Jerusalem el día de la Resurrección, el ángel custodio que protege bajo sus alas todas las cunas donde duerme y sonríe la inocencia, el ángel purísimo de los primeros amores, todos los ángeles de la tradición litúrgica se le aparecieron á una y le mostraron el puerto y el seguro de las más consoladoras esperanzas. Pero aún le sucedió más. Cuando estaba viendo todas estas visiones de su intuición, cátese que una melodía suavísima sube desde las honduras

ras, donde radica el señorial castillo, á lo alto, donde se hallaba ella, y difunde una especie de melancólica poesía impregnada por santas esperanzas. Castellana canción acompañada por laud propio de los antiguos trovadores asciende indeciblemente á sus oídos y penetra en su alma, inundándola de gozo cual respuesta celeste á sus místicas plegarias. Esta canción, aunque no se atreve á nombrarla, va indudablemente dirigida desde los hondos calabozos á ella, prometiéndole, primero la libertad próxima, y, tras la libertad próxima, un amor al modo cristiano, un amor casto, puro, intenso, único, amor que duraría toda la vida y que se dilataría por su propia virtud allende la muerte hasta llegar al seno de la eternidad. Isabel comprendió bien pronto que aquella voz, de lo profundo salida y por la distancia entibiada, era la voz de Illan, el valedor de su desgracia en la hora de su aflicción suprema, el joven héroe que había preferido un cautiverio peor que la muerte y un calabozo peor que los sepulcros, al abandono y olvido de la mujer amada, siquier ese abandono y ese olvido pudieran compensarse con los goces del triunfo y con los esmaltes de un verdadero renombre. El amor ofrecido en aquella hora tristísima, sí, aquel amor, que jamás había osado expresarse por la timidez natural á los grandes afectos en la hora del perdido bienestar y de la llorada bienandanza, el amor entonces declarado por el cautivo á la cautiva no podía menos de ser por su intensidad y exten-

sión, de toda el alma, por su fuerza y por su perpetuidad ¡ah! de toda la vida. Y según que la canción oliente á incienso de la Iglesia perdida tras el combate, á terruño de la patria regado con sangre de los mártires, á esencia y aroma de la poesía natal, y según que la canción se iba dilatando por los aires y creciendo en pasión, Zoraya, la Zoraya del haren, se reconocía en su interior la Isabel de Solís, católica por su fe, rica hembra por su stirpe, castellana por su cuna, y por todo su sér destinada en providenciales decretos á regir castillos señoriales, reinar en cortes de poesía y en torneos de caballeros cristianos, viviendo con un solo esposo toda una vida para dormir el sueño de la muerte á su lado en el sepulcro de mármol erigido junto á los altares de su Dios y sobre los huesos de sus padres. La mujer cristiana pudo comparar en aquel momento, cuando el destino la ceñía y ligaba con lazos de flores á un serrallo donde su virginidad y su pureza se habían salvado por el desdén de sus señores, pudo comparar la madre de familia, la esposa única, la compañera de todo el ser y de todo el existir, la intercesora entre la tierra y el cielo, numen de la poesía, ornato de la sociedad, estrella de la vida, gala de los torneos, diosa del hogar, con aquellas pobres mujeres enjauladas como las aves de las pajareras y reducidas á viles instrumentos del placer como cualquier objeto placentero y voluptuoso, como los pebetes de mirra, como los pomos de aroma, como las guzlas de sonantes

cuerdas, como las cosas voluptuosísimas y viles. Así, en el horror que le causaba la sociedad tristísima donde había caído, la canción aquella en tal momento, entonada y dirigida por labios purísimos á fines tan sagrados, le dió á entender que amaba con todo su corazón á Illan el cautivo, y que solo con Illan el cautivo podía unirse ya su alma en este mundo y en el otro. Así es que, tomando su guzla y respunteando en ella suavísimo acompañamiento, entonó una canción de amor, que respondía de todo en todo á la canción del cautivo, como la canción del cautivo respondiera también á sus oraciones místicas y á sus plegarias religiosas en aquel supremo instante. Buena ocasión había escogido para sus amores Hacem.

CAPÍTULO XXIV.

Por fin Aixá dió la fiesta tan esperada en que debía Venegas propinar el bebedizo á la codiciada cautiva por mano de un eunuco. Hemos dicho que daba el festival Aixá y no hemos dicho bien. Aunque bajo su nombre y advocación se urdiera y arreglara la fiesta, tenía en ella una parte nominal ciertamente la Sultana, que la dejaba celebrar por complacencias naturales con Moraima y Boabdil, inclinados, por razón de su mocedad, á todos los placeres, muy buscados y queridos en una inexperiencia incapacitada naturalmente de ver y sentir los males extendidos sobre sus personas y sobre sus reinos. Recordaban Moraima y Boabdil aquellas fiestas tan celebradas por su esplendor en la tierra del Andalus, que idearon los reyes de Castilla Enrique IV y su esposa, fingiendo una corte mora y un alarde moro con todas las preseas, arreos, trajes, emblemas, joyas y armas de la mo-

risma en general y especialmente de los moros granadinos. Para imitar y reproducir aquel vistosísimo hecho, idearon Moraima y Boabdil vestir á cada una de las siervas encerradas en el serrallo, es decir, á cada una de las mujeres nominales del príncipe, con los trajes propios de sus respectivas cortes y de sus altas clases, dándoles un festín aparatoso, en que se les sirvieran los manjares y los vinos de uso en sus respectivas natales regiones.

Inútil decir cuánto lujo y esplendor reinarian por aquellos tiempos en la decadente corte de los decaídos musulimes. Todas las decadencias acostumbran á pagarse mucho de los esplendores prestados por la riqueza, ya que no por la inspiración, ausentes de todas estas nefastísimas crisis. Sin arte dramático los árabes, sin grandes pintores, aunque algunas pinturas se veían por las paredes maravillosas de su Alhambra, sin esculturas apenas, pues tal nombre no merecen los leones del conocido y admirado patio central en la torre de Comares, debían darse á la poesía lírica y al arte músico y á la decoración fantástica y milagrosa. El mahometismo no podía olvidar las tierras donde tuvo su principal teatro, las tierras del incienso y de la mirra que arden todavía hoy bajo los templos y ante los altares de nuestros Dioses. Así Mahoma dijo que después de la oración mística, nada le placía tanto en el mundo como las mujeres y los aromas. Así pasó bien pronto el tiempo de las austeridades musulmanas; aquellos primitivos

califas, como el grande Omar, sencillo en su traje, severo en sus costumbres, que tiene por todo trono su ambulante camello y por toda provisión sus cestos de dátiles y sus odres de agua, menospreciador de las púrpuras y sedas recogidas en los despojos de las ciudades syrias, aquellos califas se ven reemplazados bien pronto por Omniadas y Abasidas que paseaban bajo doseles de brocado; seguidos por milites, los cuales parecen, si á su lujo se atiende, sátrapas persas; rodeados de siete mil eunucos y tres mil nubios, cuyos trajes rojos contrastan brillantemente con sus rostros negros; habitadores de palacios que se dirían salidos del suelo á la evocación de una hurí bajada del Paraíso con su cetro mágico para producir aquellos santuarios donde los reales salones cuentan treinta y ocho mil piezas de tapicería, entre ellas doce mil recamadas de oro; y árboles de metales preciosos que llevan por frutas topacios, zafiros, perlas, esmeraldas; y fuentes de aguas aromadas; y bóvedas conteniendo músicas de tal modo sonoras y deliciosas que penetran por las venas y difunden una especie de sensual voluptuosidad, en la que parece como que se extingue la vida y como que se acaba el alma de gozo y de placer. Pues todo esto se había llevado á sus últimos extremos en aquella tierra de Andalucía, según Muza, más fértil que todo el Yemen, más rica en flores y en aromas que toda la India, más abundosa en minerales riquísimos que todo el Ketan. Como Andalucía llegó á los árabes después

que Syria, en la cual aprendieron las artes del lujo, como los romanos las aprendieran á su vez en el Asia, todos los reinos de Córdoba, Sevilla, Granada y sus anejos, resplandecían con tal resplandor que ofuscaban los antiguos imperios y los hacían desaparecer en el recuerdo de la humanidad como el sol hace desaparecer los otros astros en la inmensidad de los cielos al despedir por los espacios el día.

En la corte de rey sensual como Boabdil, de reina dulce y amorosísima como la incomparable Moraima, de poetas y artistas como los últimos árabes andaluces, corte donde se habían replegado todos los restos de la cultura hispano-arábiga, el brillo se asemejaba de suyo al que lanzan todas las luces en el instante supremo en que se avivan y abrillantan para extinguirse. Aquella noche de voluptuosidad y amor se asemejaba en sus delirios á los ensueños gozosos y á la vida exaltada que la fiebre presta en los podromos de sus primeras agonías á todos los tísicos, cuyas mejillas reanima el calor de una encendida sangre, antes que las hiele y amarillee la inevitable muerte. Resplandecían como nunca en aquella noche los patios iluminados con arte, de tal suerte maravilloso, que les daba los colores y los matices del iris; las puertas de marfil, nácar y plata que reverberaban las innumerables luces; los tapices transparentes en cuyas sedas riquísimas resaltaban los ramajes de bordados arbustos y de pintadas flores; las lámpa-

ras de oro consumiendo aceites perfumados; los cojines tendidos por todas partes y compuestos de áureos tisúes indios en cuyo fondo resaltaban geométricas figuras de plata; las sartas de amuletos engarzados en piedras preciosas; los jardines vistosos por las celosías tan brillantes como las constelaciones del cielo, y las hermosas jóvenes del serrallo vestidas todas por maravillosa manera y rodeando en grupos deslumbradores al joven príncipe, que apenas las miraba, vueltos los ojos hacia la idolatrada Moraima en torno de cuyo turbante resplandecía oriental diadema, preciosísimo regalo de su boda.

Allí había mujeres traídas de la Escandinavia; rubias como la luz, de ojos vagamente azules y de alta y apuesta estatura; mujeres de la familia eslavona, de rostro aplastado, ojos pequeños, cabeza grande, nariz ancha, labios gruesos, figura varonil y fuerte; mujeres arrancadas á Morea, Mesenia, Taigetes y Georgia, con sus cabezas esféricas y su aire de bellas estatuas y sus trenzas negras y sus ojos grandes y su color moreno y sus labios encendidos y sus dientes blancos; mujeres líbicas, tan ardorosas como las arenas del desierto; mujeres egipcias, del color de la espiga, en cuyas facciones se mezclan la Grecia y el Oriente con todos sus atractivos; mujeres verdaderamente semitas, de largo perfil, de alto cráneo, de ojos profundos encerrados en largas pestañas, de color oscuro y brillantísimo; mujeres arameas cazadas en los desier-

tos de Asia y vendidas en los bazares de Syria, cuyo rostro casi redondo y cuyos labios gruesos no empecen á la belleza que les presta un cerebro de armoniosas curvas, unos ojos de voluptuosos centelleos y una larga nariz y una torneada garganta. Imagináoslas vestida cada cual según los usos de su tierra; las escandinavas, con trajes de armiño y coronas de flores y grandes hojas, coronas parecidas á las espesas que llevaban de pámpanos las bacantes antiguas; las cretenses con sus jubones blancos de mangas encarnadas, sus velos de lino bordados de sedas vistosas que les caen sobre las espaldas, sus cinturones de plata rematados por grandes cascabeles, sus collares de oro cargados con preciosos amuletos; las mujeres macedonias ornadas con sus colosales turbantes y ceñido el cuerpo con sus blancas y esculturales túnicas; las mujeres dálmatas, mostrando bajo sus pañuelos de seda las trenzas de azabache, envueltas en paños que parecen sedas, con perlas al cuello, y á los piés rojas medias y sandalias blancas; las mujeres etiópicas arrastrando sus colas dentadas, mal cubiertas por su manto de seda y por su velo celeste; las mujeres egipcias, con vestimentas de brocados rojos á rayas de oro, teñidas las uñas de carmín; las mujeres africanas con sus camisas de colores y de mangas perdidas, con sus capas ó dormanés de azul oscuro, con sus brazaletes y sus esposas de oro, con sus collares de perlas, con sus arracadas que les caen desde las orejas sobre los

hombros; las mujeres syrias con sus tiaras delicadísimas, con sus trajes de terciopelo recamado, con sus corsés de pedrería, teñidas de colores fuertes las mejillas y aromadas por toda clase de embriagadores perfumes; imagináoslas al resplandor de tantas luces, al eco de tales músicas, bajo aquellas bóvedas de pintadas estalactitas, sobre las alfombras de Persia, entre los jarros llenos de flores y los surtidores produciendo en la clara linfa de aquellos estanques dulces melodías; y decidme luego si algo puede compararse, aunque sea soñado, con esta viviente y deslumbradora realidad.

Lucía entre todas Zoraya, que por una excepción llevaba el riquísimo traje de los serrallos, sin duda porque sus dominadores no quisieron que recordara la vestimenta de Castilla, cuando los castellanos amenazaban con más furor y con apremio al reino granadino. Pero si no toleraron que llevara su traje patrio, toleráronle que bebiera en copas de origen español, aquellas bebidas más usuales á su patria y más gratas á su paladar. Pues en aquellas bebidas el eunuco por Venegas comprado, supo deslizar con arte y con oportunidad el bebedizo preparado por el médico de Hacem y que debía darle una muerte aparente. Bebiólo, pues, Zoraya sin experimentar ningún efecto en los primeros instantes y mucho menos sin presentir lo que bebía. Pero imagínese quien leyere cuál sería el terror de aquellas gentes, cuando vieron que un cadáver frío, más que frío yerto, arrojaba duelos de muerte sobre

aquellos excesos de la vida. Nadie supo á qué accidente atribuir aquel inesperadísimo caso; pero todos los eunucos del serrallo expertos en medicina, declararon que Zoraya estaba muerta, completamente muerta. El bebedizo compuesto por la ciencia del médico de Hacem y propinado por la destreza de Venegas, produjo todos sus naturales efectos. La hermosa Isabel de Solís, conocida con el nombre de Zoraya en el serrallo, había muerto y muerto repentinamente amargando y enlutando la noche placentera de una fiesta oriental.

CAPÍTULO XXV.

Las compañeras de Zoraya vertieron abundantes lágrimas y lanzaron agudos sollozos. No satisfechas de estas manifestaciones de duelo, cogieron con ambas manos los rizos que les caían sobre las espaldas y se mesaron con furia las largas cabelleras. Distinguióse entre todas por su dolor la tierna Moraima, pues, segura del cariño de Boabdil, nunca creyó tener en las esclavas, ni moras ni cristianas, temibles rivales. En cambio la austera Aixá disertó sobre los desórdenes de la mesa y tomó pretexto de aquel inesperado caso para argüir muy largamente del olvido de las leyes koránicas y de la maldita manía de beber vino. Cautiva andaluza, la pobre Zoraya conservaba en su conciencia y siempre que podía en sus oraciones y prácticas religiosas, como hemos visto, el culto de sus padres; mas en el haren, sin que nadie la hubiese consultado, pasaba por renegada y mahometana. Así, no es mucho que